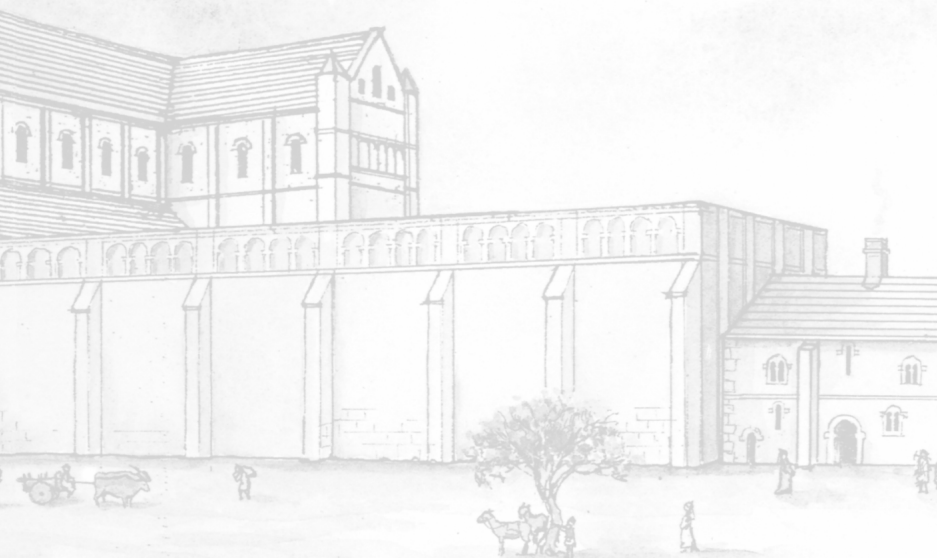


PRIMERA PARTE

II35-II36



CAPÍTULO I

1

Tom estaba construyendo una casa en un gran valle, al pie de la empinada ladera de una colina y junto a un burbujeante y límpido arroyo.

Los muros alcanzaban un metro de altura y seguían subiendo rápidamente. Los dos albañiles que Tom había contratado trabajaban sin prisa aunque sin pausa de sol a sol, con sus paletas, mientras el peón que los acompañaba sudaba bajo el peso de los grandes bloques de piedra. Alfred, el hijo de Tom, estaba mezclando argamasa, cantando en voz alta al tiempo que arrojaba paletadas de arena en un pilón. Junto a Tom había también un carpintero, que en su banco de trabajo tallaba cuidadosamente un trozo de abedul con una azuela.

Alfred tenía catorce años y era alto como Tom. Éste superaba en una cabeza a la mayoría de los hombres y Alfred sólo medía unos cinco centímetros menos y seguía creciendo. Físicamente también eran parecidos. Ambos tenían el pelo castaño claro y los ojos verdosos con motas color marrón. La gente decía que los dos eran bien parecidos. Lo que más los diferenciaba era la barba. La de Tom era castaña y rizada, mientras que Alfred sólo podía presumir de una hermosa pelusa rubia. Tom recordaba con cariño que había habido un tiempo en que su hijo tenía el pelo de ese mismo color. Ahora Alfred estaba convirtién-

dose en un hombre, y Tom hubiera deseado que se tomara algo más de interés por el trabajo, porque aún tenía mucho que aprender para ser albañil como su padre. Pero hasta el momento los principios de la construcción sólo parecían aburrir y confundir al muchacho.

Cuando la casa estuviera terminada sería la más lujosa en muchos kilómetros a la redonda. La planta baja se utilizaría como almacén, y su techo abovedado evitaría el peligro de incendio. La gran sala, que en realidad era donde la gente hacía su vida, estaría encima y se accedería a ella por una escalera exterior. La altura haría que resultase difícil atacar la casa y en cambio muy fácil defenderla. Adosada al muro de la sala habría una chimenea que expulsaría el humo del hogar. Se trataba de una innovación impresionante. Tom sólo había visto una casa con chimenea, pero le había parecido una idea tan excelente que de inmediato se sintió dispuesto a copiarla. En un extremo de la casa, encima de la sala, habría un pequeño dormitorio, porque eso era lo que ahora exigían las hijas de los condes, demasiado delicadas para dormir en la sala con los hombres, las mozas de la servidumbre y los perros de caza. La cocina la construiría aparte, pues más tarde o más temprano todas se incendiaban y el único remedio era que estuviesen alejadas y conformarse con que la comida llegara tibia a la mesa.

Tom estaba haciendo la puerta de entrada. Las jambas debían ser redondas para que diesen la impresión de columnas, un toque de distinción para los nobles recién casados que habitarían la casa. Sin apartar la vista de la plantilla de madera modelada, Tom colocó su cincel en posición oblicua contra la piedra y lo golpeó suavemente con el gran martillo de madera. De la superficie se desprendieron unos pequeños fragmentos. Repitió la operación. La superficie estaba quedando tan redondeada y lisa como la de una catedral.

En otro tiempo Tom había trabajado precisamente en una catedral, la de Exeter. Al principio lo hizo como si se tratara de un trabajo más, y se sintió molesto y resentido

cuando el maestro constructor le advirtió que su trabajo no se ajustaba del todo a las exigencias requeridas, ya que él tenía el convencimiento de que era bastante más cuidadoso que la mayoría de los albañiles. Sin embargo, pronto comprendió que no bastaba que los muros de una catedral estuvieran bien contruidos. Tenían que ser perfectos, porque una catedral era para Dios y también porque siendo un edificio tan grande la más leve inclinación de los muros, la más insignificante variación en el nivel podía debilitar la estructura de forma fatal. El resentimiento de Tom se transformó en fascinación. La combinación de un edificio enormemente ambicioso con la más estricta atención al más ínfimo detalle, le abrió los ojos a la maravilla de su oficio. Del maestro de Exeter aprendió lo importante de la proporción, el simbolismo de diversos números y las fórmulas casi mágicas para lograr el grosor exacto de un muro o el ángulo de un peldaño en una escalera de caracol. Todas esas cosas le cautivaban. Y quedó verdaderamente sorprendido al enterarse de que muchos albañiles las encontraban incomprensibles.

Al cabo de un tiempo se había convertido en la mano derecha del maestro constructor, y fue entonces cuando empezó a darse cuenta de las limitaciones del maestro. El hombre era un gran artesano, pero un organizador incompetente. Se encontraba absolutamente desconcertado ante problemas tales como el modo de conseguir la cantidad de piedra exacta para no romper el ritmo de los albañiles, el asegurarse de que el herrero hiciera un número suficiente de herramientas útiles, el quemar cal y acarrear arena para quienes hacían la argamasa, el talar árboles para los carpinteros y recaudar el suficiente dinero del cabildo de la catedral para pagar por todo ello.

De haber permanecido en Exeter hasta la muerte del maestro constructor, era posible que hubiera llegado a reemplazarlo en su puesto, pero el cabildo se quedó sin dinero, en parte a causa de la mala administración de aquél, y los artesanos debieron irse a otra parte en busca de trabajo. El gobernador de Exeter le ofreció el puesto de cons-

tractor, para reparar y mejorar las fortificaciones de la ciudad. Sería un trabajo para toda la vida, salvo imprevistos, pero Tom lo rechazó porque quería participar en la construcción de otra catedral.

Agnes, su mujer, jamás comprendió esa decisión. Podían haber tenido una buena casa de piedra, criados y establos, y todas las noches habría carne sobre la mesa a la hora de la cena. Jamás perdonó a Tom que rechazara aquel trabajo. No atinaba a comprender aquel terrible deseo por construir una catedral, provocado por la sorprendente complejidad de la organización, el desafío intelectual de los cálculos, la imponente belleza y grandiosidad del edificio acabado. Una vez que Tom hubo paladeado ese vino, nunca más pudo satisfacerle otro inferior.

Desde entonces habían pasado diez años y jamás habían permanecido por mucho tiempo en un mismo sitio. Tanto proyectaba una nueva sala capitular para un monasterio como trabajaba uno o dos años en un castillo o construía una casa en la ciudad para algún rico mercader. Pero tan pronto como ahorraba algún dinero se ponía en marcha con su mujer y sus hijos en busca de otra catedral.

Alzó la vista que mantenía fija en el banco y vio a Agnes en el linde del solar, con un cesto de comida en una mano y sujetando con la otra un gran cántaro que llevaba apoyado en la cadera. Era mediodía. Tom la miró con cariño. Nadie diría nunca de ella que era bonita, pero su rostro rebosaba fortaleza. Poseía una frente ancha, grandes ojos pardos, nariz recta y una mandíbula vigorosa. Llevaba el cabello, oscuro y recio, recogido en la nuca. Era el alma gemela de Tom.

Sirvió la cerveza para Tom y Alfred. Los tres permanecieron allí por un instante, bebiendo cerveza en tazas de madera. Y entonces, de entre los trigales, apareció saltando el cuarto miembro de la familia, Martha, bonita como un narciso, pero un narciso al que le faltara un pétalo, porque tenía un hueco entre los dientes de leche. Corrió hacia Tom, le besó la polvorienta barba y le pidió un pequeño sorbo de cerveza. Él abrazó su cuerpecillo huesudo.

—No bebas mucho o te caerás en una acequia —le advirtió. La niña avanzó en círculo tambaleándose, simulando estar bebida.

Todos se sentaron sobre un montón de leña. Agnes le tendió a Tom un pedazo de pan de trigo, una gruesa tajada de tocino hervido y una cebolla pequeña. Tom dio un bocado al tocino y empezó a pelar la cebolla. Después de asegurarse de que sus hijos comieran, Agnes comenzó a dar cuenta de su ración. Tal vez fue una irresponsabilidad rechazar aquel aburrido trabajo en Exeter e irme en busca de una catedral que construir, se dijo Tom, pero siempre he sido capaz de alimentarlos a todos pese a mi temeridad.

Del bolsillo delantero de su mandil sacó un cuchillo, cortó un trozo de cebolla y lo comió con un bocado de pan. Paladeó el sabor dulce y picante a la vez.

—Vuelvo a estar preñada —anunció Agnes.

Tom dejó de masticar y la miró fijamente. Sintió un escalofrío de placer. Una sonrisa de azoramiento se dibujó en su rostro, y no supo qué decir.

—Es sorprendente, ¿no? —añadió ella, ruborizándose.

Tom la abrazó.

—Bueno, bueno —dijo sin dejar de sonreír—. Otro bebé para tirarme de la barba. ¡Y yo que pensaba que el próximo sería el de Alfred!

—No te las prometas tan felices todavía —le advirtió Agnes—. Trae mala suerte nombrar a un niño antes de que nazca.

Tom hizo un gesto de asentimiento. Agnes había tenido varios abortos, un niño que había nacido muerto y otra chiquilla, Matilda, que sólo había vivido dos años.

—Me gustaría que fuera un niño, ahora que Alfred ya es mayor. ¿Para cuándo será?

—Después de Navidad.

Tom empezó a hacer cálculos. La estructura de la casa estaría acabada cuando llegasen las primeras heladas, y entonces habría que cubrir con paja toda la obra de piedra para protegerla durante el invierno. Los albañiles pasarían

los meses de frío cortando piedras para las ventanas y bóvedas, los marcos de las puertas y la chimenea, mientras que el carpintero haría las tablas para el suelo, las puertas y las ventanas, y Tom se encargaría del andamiaje para el trabajo en la parte alta y pondrían el tejado. Aquel trabajo daría de comer a la familia hasta Pentecostés, y para entonces el bebé tendría ya seis meses. Luego se pondrían de nuevo en marcha.

—Bueno —dijo él, contento—. Todo irá bien. —Dio otro bocado a la cebolla.

—Soy demasiado vieja para seguir pariendo hijos —se quejó Agnes—. Éste tiene que ser el último.

Tom permaneció pensativo. No estaba seguro de cuántos años tenía su esposa, pero muchas mujeres concebían hijos en esa época de su vida, aunque era cierto que sufrían más a medida que se hacían mayores y que los niños no eran tan fuertes. Sin duda, Agnes estaba en lo cierto, pero ¿cómo asegurarse de que no volvería a concebir? De inmediato comprendió cómo podía evitarse, y su buen humor desapareció.

—Quizá consiga encontrar un buen trabajo en una ciudad —dijo, intentando contentarla—. Una catedral o un palacio. Y entonces podremos tener una gran casa con suelos de madera y una sirvienta para ayudarte con el bebé.

—Es posible —repuso ella con escepticismo, y sus facciones se endurecieron. No le gustaba oír hablar de catedrales. Si Tom nunca hubiera trabajado en una, decía su cara, en aquellos momentos ella podría estar viviendo en una casa de la ciudad, con dinero ahorrado y oculto bajo la chimenea y sin la menor preocupación.

Tom apartó la mirada y dio otro mordisco al tocino. Tenían algo que celebrar, pero estaban en desacuerdo. Se sentía decepcionado. Siguió masticando durante un rato y luego oyó los cascos de un caballo. Ladeó la cabeza para escuchar mejor. El jinete se acercaba a través de los árboles desde el camino cogiendo un atajo y evitando el pueblo.

Al cabo de un instante apareció un muchacho monta-

do en un poni. Parecía un escudero, una especie de aprendiz de caballero.

–Tu señor viene de camino –anunció, apeándose.

–¿Te refieres a lord Percy? –Tom se puso de pie. Percy Hamleigh era uno de los hombres más importantes del país. Poseía aquel valle y otros muchos, y era quien pagaba la construcción de la casa.

–A su hijo –puntualizó el escudero.

–El joven William. –Era el hijo de Percy y quien había de ocupar aquella casa después de su matrimonio. Estaba prometido a lady Aliena, la hija del conde de Shiring.

–El mismo. –El escudero asintió—. Y está furioso.

A Tom se le cayó el mundo encima. En las mejores condiciones era difícil tratar con el propietario de una casa en construcción, pero con un propietario enfurecido resultaba prácticamente imposible.

–¿Por qué está furioso?

–Su novia lo ha rechazado.

–¿La hija del conde? –preguntó Tom, sorprendido. Le asaltó el temor. Hacía un momento que había estado pensando en lo seguro que se presentaba el futuro—. Pensé que todo estaba ya decidido.

–Eso creíamos todos... salvo, al parecer, lady Aliena –respondió el escudero—. Nada más conocerlo declaró que no se casaría con él ni por todo el oro del mundo.

Tom frunció el entrecejo, preocupado. Se negaba a admitir que aquello fuera verdad.

–Pero creo recordar que el muchacho no es mal parecido.

–Como si eso importara en su posición –intervino Agnes—. Si se dejara a las hijas de los condes casarse con quienes quisieran, todos estaríamos gobernados por juglares ambulantes o proscritos de ojos oscuros.

–Quizá la joven cambie de opinión –musitó Tom, esperanzado.

–Lo hará si su madre la sacude con una buena vara de abedul –dijo Agnes.

–Su madre ha muerto –informó el escudero.

Agnes hizo un gesto de asentimiento.

—Eso explica el que no conozca la realidad de la vida; pero no veo por qué su padre no puede obligarla.

—Al parecer, en cierta ocasión hizo la promesa de que jamás la obligaría a casarse con alguien a quien aborreciera —les aclaró el escudero.

—Una promesa necia —comentó Tom con irritación. ¿Cómo era posible que un hombre poderoso aceptara sin más el capricho de una muchacha? Su matrimonio podría influir en alianzas militares, finanzas baroniales..., incluso en la construcción de aquella casa.

—Tiene un hermano —dijo el escudero—, de manera que no es tan importante con quién pueda casarse ella.

—Aun así...

—Y el conde es un hombre inflexible —prosiguió el muchacho—. No faltará a una promesa, ni siquiera a la que haya hecho a una niña. —Se encogió de hombros—. Al menos eso es lo que dicen.

Tom se quedó mirando los bajos muros de piedra de la casa en construcción. Advirtió con inquietud que todavía no había ahorrado el dinero suficiente para mantener a su familia durante el invierno.

—Tal vez el muchacho encuentre otra novia con la que compartir esta casa. Tiene todo el condado para escoger.

—¡Por Dios! Creo que ahí está —anunció Alfred con su voz quebrada de adolescente.

Siguiendo su mirada, todos dirigieron la vista hacia el otro extremo del campo. Desde el pueblo llegaba un caballo a galope, levantando una nube de polvo por el sendero. La exclamación de Alfred había sido provocada tanto por el tamaño como por la velocidad del caballo. Era enorme. Tom ya había visto animales como aquél, pero tal vez no fuera ése el caso de Alfred. Se trataba de un caballo de batalla, tan alto de cruz que alcanzaba la barbilla de un hombre, y de anchura proporcional. En Inglaterra no se criaban semejantes caballos de guerra sino que procedían de ultramar y eran extraordinariamente caros.

Tom metió lo que le quedaba del pan en el bolsillo de

su mandil y luego, entornando los ojos para protegerse del sol, miró a través del campo. El caballo tenía las orejas amusgadas y los ollares palpitantes, pero a Tom le pareció que llevaba la cabeza bien levantada, prueba de que aún seguía bajo control. El jinete, seguro de sí mismo, se echó hacia atrás al acercarse, tirando de las riendas, y el animal pareció reducir algo la marcha. Tom podía sentir ya el redoble de sus cascos en el suelo. Echó una mirada en derredor buscando a Martha, para recogerla y evitar que pudieran hacerle daño. A Agnes también se le había ocurrido la misma idea, pero no se veía a Martha por ninguna parte.

—En los trigales —dijo Agnes. Tom, que ya había pensado en ello, corría hacia el linde del campo. Escudriñó entre el ondulante trigo, con temor, pero no vio a la niña.

Lo único que se le ocurrió fue intentar que el caballo redujera la marcha. Salió al sendero y empezó a caminar hacia el corcel que avanzaba, agitando los brazos. El animal lo vio, alzó la cabeza y redujo la velocidad de manera perceptible. Sin embargo, y ante el horror de Tom, el jinete lo espoleó.

—¡Maldito loco! —exclamó Tom aun cuando el jinete no pudo oírle.

Y entonces fue cuando Martha salió de los trigales y avanzó hacia el sendero sólo unos metros por delante de Tom.

Por un instante Tom quedó petrificado por el pánico. Luego echó a correr hacia su hija, gritando y agitando los brazos. Pero aquél era un caballo de guerra adiestrado para cargar contra hordas vociferantes y no se inmutó. Martha permanecía en medio del angosto sendero, mirando como hipnotizada el enorme animal que se le venía encima. Por un instante Tom comprendió con desesperación que no llegaría hasta su hija antes que el caballo. Se hizo a un lado, rozando con un brazo el trigo alto, y en el último instante el caballo se desvió hacia el otro lado. El estribo del jinete rozó el hermoso pelo de Martha. Uno de los cascos hizo un profundo hoyo en la tierra junto al pie descalzo de la niña. Luego, el caballo se alejó de ellos, cubriendo a

ambos de tierra y polvo. Tom abrazó a la niña con fuerza contra su pecho.

Permaneció un momento inmóvil jadeando aliviado, con las piernas y los brazos temblorosos y un nudo en el estómago. Pero de inmediato se sintió invadido por la ira ante la incalificable temeridad de aquel estúpido jinete. Levantó furioso la mirada. Lord William estaba refrenando su montura. El caballo se desvió para evitar el edificio en construcción. Sacudió violentamente la cabeza y se puso de manos, pero William permaneció firme. Le hizo ir a medio galope y, luego al trote, formando un amplio círculo.

Martha estaba llorando. Tom se la dio a Agnes y esperó a William. El joven lord era un muchacho alto y corpulento, de unos veinte años, pelo rubio y ojos tan rasgados que daba la impresión de tenerlos entornados por el sol. Vestía una túnica corta y negra con unas calzas negras y zapatos de cuero con correas que se entrecruzaban hasta las rodillas. Se mantenía erguido sobre el caballo y no parecía en modo alguno afectado por lo ocurrido. Ese estúpido ni siquiera sabe lo que ha hecho, pensó Tom con amargura. Me gustaría retorcerle el pescuezo.

William detuvo el caballo ante el montón de leña y, dirigiéndose a la familia de constructores, preguntó:

—¿Quién está a cargo de esto?

Tom sentía deseos de decirle: «Si hubieras hecho daño a mi pequeña te habría matado», pero dominando a duras penas la ira, se acercó al caballo y lo sujetó por la brida.

—Soy el maestro constructor —repuso lacónico—. Me llamo Tom.

—Esta casa ya no se necesita —dijo William—. Despide a tus hombres.

Aquello era lo que Tom había temido, pero aún tenía la esperanza de que William estuviera actuando impelido por su enfado y de que lograra persuadirlo para que cambiara de opinión. Hizo un esfuerzo para hablar con tono cordial y razonable.

—Se ha trabajado mucho —dijo—. ¿Por qué dilapidar lo que habéis gastado? Algún día necesitaréis la casa.

—No me expliques cómo tengo que manejar mis asuntos, Tom Builder —replicó William—. Estáis todos despedidos. —Sacudió una rienda, pero Tom seguía sujetando la brida—. Suelta esa rienda —añadió con tono amenazador.

Tom tragó saliva. En un instante William haría levantar la cabeza al caballo. Tom se metió la mano en el bolsillo del mandil y sacó el trozo de pan que le había sobrado de la comida. Se lo tendió al caballo, que bajó la cabeza y lo tomó entre los dientes.

—Debo agregar algo antes de que os vayáis, mi señor —dijo con tono tranquilo.

—Suelta el caballo o te cortaré la cabeza.

Tom lo miró directamente a los ojos tratando de ocultar su miedo. Él era más corpulento que William, pero de poco le serviría si el joven lord sacaba su espada.

—Haz lo que te dice el señor —musitó Agnes, temerosa.

Se produjo un silencio mortal. Los demás trabajadores permanecían inmóviles, observando. Tom sabía que lo prudente era ceder, pero William había estado a punto de pisotear con su caballo a su pequeña, y ello lo había puesto furioso.

—Tenéis que pagarnos —dijo con el corazón desbocado.

William tiró de las riendas, pero Tom siguió sujetándolas con firmeza mientras el caballo hurgaba con el hocico en el bolsillo del mandil de Tom en busca de más comida.

—¡Dirigíos a mi padre para cobrar lo que se os debe! —exclamó William, furioso.

—Así lo haremos, mi señor. Os estamos muy agradecidos —dijo el carpintero con voz aterrada.

¡Maldito cobarde!, pensó Tom, aunque él mismo estaba temblando.

—Si queréis despedirnos tenéis que pagarnos de acuerdo con la costumbre —se forzó a decir pese a todo—. La casa de vuestro padre está a dos días de viaje, y para cuando lleguemos es posible que él ya no se encuentre allí.

—Muchos hombres han muerto por menos que esto —le advirtió William, que tenía las mejillas enrojecidas por la ira.

Con el rabillo del ojo Tom vio al joven lord llevar la mano sobre la empuñadura de su espada. Sabía que había llegado el momento de ceder y presentar excusas, pero estaba enfadado, a pesar del miedo que sentía no se resignaba a soltar las bridas.

—Pagadnos primero y luego matadme —dijo con temeridad—. Tal vez os cuelguen o tal vez no, pero más tarde o más temprano moriréis, y entonces yo estaré en el cielo y vos en el infierno.

William palideció y su sonrisa de desprecio se convirtió en una mueca. Tom estaba sorprendido. ¿Qué era lo que había asustado al muchacho? Con toda seguridad no había sido la mención del ahorcamiento. En realidad no era nada probable que ahorcaran a un lord por la muerte de un artesano. ¿Acaso le aterraba el infierno?

Por unos breves instantes permanecieron mirándose fijamente. Tom observó con asombro y alivio cómo la expresión de furia y desdén de William daba paso a otra de ansiedad y terror. Finalmente, William cogió una bolsa de cuero que llevaba en el cinturón y se la arrojó.

—Págales —le dijo.

Tom tentó su suerte y siguió sin soltar las riendas cuando William tiró de éstas y el caballo alzó la cabeza y avanzó de lado.

—La costumbre es que cuando se despide a un artesano hay que pagar una semana completa de salario —dijo. Detrás de él oyó a Agnes dar un resoplido, y supo que lo consideraba un loco por prolongar aquel enfrentamiento, pero pese a ello continuó, impasible—: De manera que serán seis peniques para el peón, doce para el carpintero y cada uno de los albañiles y veinticuatro para mí. En total, sesenta y seis peniques.

No conocía a nadie que fuera capaz de sumar peniques con tanta rapidez como él.

El escudero miraba a su amo con gesto interrogativo.

—Muy bien —dijo William, airado.

Tom soltó las riendas y dio un paso atrás.

William obligó al caballo a volverse espoleándolo con

fuerza, y avanzó desde el sendero a través de los trigales.

De repente, Tom se dejó caer sobre el montón de leña. Se preguntaba qué demonios le había pasado. Había sido una locura desafiar de aquella manera a lord William. Se consideraba afortunado de estar con vida.

El resonar de los cascos del corcel de William fue perdiéndose en la lejanía. Tom vació la bolsa sobre una tabla y sintió una oleada de triunfo mientras escuchaba el tintineo de los peniques de plata al caer bajo la luz del sol. Había sido una locura, pero dio resultado. Había logrado un pago justo tanto para él como para los hombres que trabajaban a sus órdenes.

—Incluso los señores han de actuar según las costumbres —susurró casi para sí.

—Confiemos en que nunca tengas que pedir trabajo a lord William —dijo Agnes.

Tom la miró y sonrió. Era perfectamente consciente de que el mal humor de su esposa se debía a que había pasado mucho miedo.

—No frunzas tanto el entrecejo o cuando nazca el niño sólo tendrás leche agria en los pechos.

—No podremos comer a menos que encuentres trabajo para el invierno.

—Aún falta mucho para que llegue el invierno —repuso Tom.

2

Pasaron el verano en el pueblo. Más adelante considerarían la decisión terriblemente equivocada, pero en aquel momento les pareció la más acertada, porque tanto Tom como Agnes y Alfred podían ganarse un penique diario cada uno trabajando en los campos durante la cosecha. Cuando al llegar el otoño se pusieron en marcha, poseían una pesada bolsa llena de peniques de plata y un cerdo bien cebado.

La primera noche la pasaron en el porche de la iglesia